

LA DESTRUCCIÓN O EL FUTURO

J. L. Ruiz Olivares

Editor

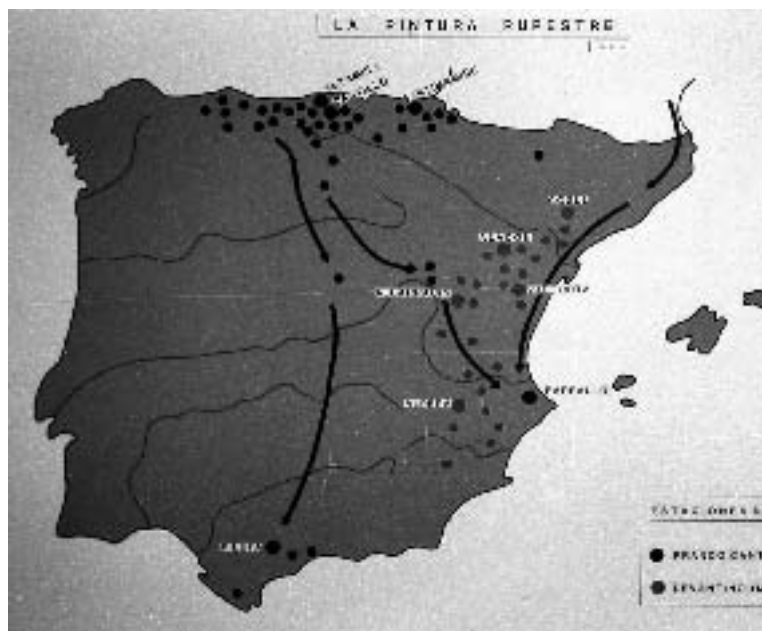
Pero incluso la cultura es grosera sin refinamiento.

Baltasar Gracián

Reflexionar acerca de la trilogía Ciudad-Ayuntamiento-Cultura, siendo ésta última, la cultura, la que deberá polarizar las ideas reales, menos abstractas que ella, a partir de los dos entes que la anteceden, la ciudad y el Ayuntamiento, no es precisamente un ejercicio falto de elementos de vivo interés; antes bien, aquí y ahora, posiblemente sea uno de los temas sobre los que se vierten más opiniones en los medios de comunicación españoles. Esbozar en pocas líneas las razones por lo que tal cosa ocurre desde hace relativamente poco tiempo y en qué condiciones se ha llegado a una no demasiado optimista situación impulsada por hipotecadas espirales de riqueza y de un insaciable gozo consumista y comunicacional no es, citando a Ortega y Gasset¹, un esfuerzo inútil por su complejidad, sino un problema, un asunto, en el que el lector al que me dirijo puede iniciarse o ponerse al día con sólo pulsar en su ordenador la tecla mágica que le llevará a navegar entre webs, chats, 'social networks', foros, *blogs* y enmascarados *nicks*, sin necesidad de leer una revista de tinta y papel, de las de toda la vida, como es *Sociedad*, en la que ahora escribo.

Una vez descargada al principio del artículo y en forma de apretada síntesis y larga parrafada la línea de discurso que a continuación reflejará mis opiniones, vayamos, como dicen que diría Jack the Ripper, por partes.

Debo, en primer lugar, confesar mi afiliación a los 'nostálgicos', un colectivo que en las disquisiciones en torno a la cultura –su apreciación, su conservación...– suelen ir de la mano de otro colectivo, los 'apocalípticos'², una facción más radical en sus análisis de la actualidad y en sus vaticinios de futuro. ¿En qué se asemejan unos y otros? Básicamente en pertenecer a generaciones en la madurez de su edad y en la común percepción fatalista de un panorama en el que una idea estable y compartida de cultura camina hacia otro orden de valores de manera ineluctable. Ese deslizarse hacia una nueva *imago culturae*³ está vehiculado y también en buena parte causado por la reciente irrupción y el rápido desarrollo mundial de la revolución



tecnológica en los medios de comunicación. Y en su democratización. Desde mediados de los años noventa, sobre todo en España, dicho cambio, quizás por nuestra escuálida herencia ilustrada, se viene presentando en alguna de sus facetas de manera más embrutecida y desesperanzadora que en otros países, al tiempo que, por fin, ya nos vemos conectados a un cosmopolitismo cultural, básicamente informativo, del que en décadas anteriores sólo muy pocas minorías podían disfrutar. Y favorecida por los efectos de una Globalización de la que ya no se habla tanto porque está pasando a formar parte de nosotros, o nosotros de ella, España comienza a ser en algunas cosas un referente para países tras los que históricamente siempre fuimos a rebufo. No obstante, una gran contradicción recorre el planeta Tierra: nunca estuvimos, en efecto, tecnológicamente más "unidos" y mediatizados pero, como en la Edad Media, nos hallamos inmersos en una sangrienta guerra de religiones, hay hambrunas (en África), pertinaces desembarcos de "bárbaros" (con móviles) y los miedos más íntimos del hoy sobrealimentado ciudadano medio occidental siguen siendo enfermedades cuyas curaciones definitivas están aún lejos de alcanzarse.

1. "Los esfuerzos inútiles conducen a la melancolía".

2. Es sorprendente la vigencia de muchos de los postulados del ensayo de Umberto Eco *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, publicado hace más de cuarenta años.

3. He improvisado esta expresión latina sobre la base de la conocida *imago mundi* o 'imagen del mundo'.

II

En un atinado artículo⁴ publicado hace algunos meses el escritor José M^a Guelbenzu decía que "(...) la sociedad de masas no es una referencia sino un puchero donde hierve todo. Precisamente en ese caldo es donde la tecnología proporciona un arma que se opone a la ciencia y al conocimiento (...). No se trata, claro está, de añorar las enciclopedias (...). El prestigio de una enciclopedia procede de la voluntad de aunar el saber y del grado de conocimiento de sus colaboradores. El espacio Internet, por el contrario, es hoy día una amalgama de arbitrariedades sin cuento. Dejando a un lado la desesperante y monótona oferta sexual virtual y *el mero exhibicionismo de miles de almas simples* (el subrayado es mío, no de José M^a Guelbenzu), el usuario navega en un mar de confusión por el que sólo puede guiarle con alguna certidumbre su propia y previa formación personal (...)". Sirva la extensa y sustancial cita a modo de bisagra en el hilo argumental de este artículo.

Vengo observando que de un tiempo a esta parte en Málaga, la provincia española que mejor conozco, se está produciendo un rápido o lento pero en todo caso irremediable declive cultural relacionado con el deseo de sus grandes pueblos de dejar de denominarse así para pasar a ser ciudades, o al menos de

contar con algunos de los signos externos por los que muchas de las grandes urbes internacionales brillan en el horizonte contemporáneo. Esos grandes pueblos malagueños son Antequera, Marbella, Nerja, Ronda y Vélez-Málaga. Cada uno de ellos según su *tempo* particular, su orografía, el nivel cultural o la impaciencia de sus regidores, incluyendo entre éstos a constructores, banqueros, abogados y hosteleros. Y según una población joven y votante que cada vez más considera a su patria chica como algo manifiestamente modernizable. De los cinco pueblos citados el que pienso que va a la vanguardia respecto a los otros es Antequera, que de ciudad conventual, aristocráticamente recogida y durante siglos con un perfil cultural muy definido, está dando un salto cualitativo hacia otra dimensión aún por determinar pero que no promete nada bueno. Se trata, por lo que sé, de "completar" la vega antequerana con campos de golf, complejos residenciales -con nombres del tipo 'Señorío del Roquedal' o 'Lomas del Infantado'⁵-, hoteles con frituras variadas de estrellas, y un aeropuerto. Ni que decirse tiene que paulatinamente el casco histórico del pueblo-ciudad será rodeado por polígonos industriales, higiénicas autovías y por esos 'no lugares'⁶ de la posmodernidad española (en EE UU y Europa tales equipamientos existen desde hace mucho tiempo) que son las áreas de servicio. Si a esos, por desgracia, ineludibles crea-



4. «Cabalgando el desorden», El País, 20/9/06.

5. Resulta curioso comprobar el parecido existente entre los nombres de alta alcurnia que se les suele dar a urbanizaciones de lujo y complejos residenciales y el de muchas de las marcas de los vinos tintos españoles.

6. El tan utilizado término 'no lugar' puesto en circulación en los años noventa por Marc Augé y su antropología de lo cotidiano, tiene un antecedente literal en el libro *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*, de Michel Foucault, publicado en España en 1981.



dores de empleo y de un bienestar siempre insatisfecho se le añaden varios centros comerciales, malls o 'grandes superficies', algún que otro parque temático, fast food por un tubo y uno o dos panales de multicines donde sólo se proyecten violentos⁷ filmes norteamericanos con el último grito, valga la expresión, en expandir hasta la sordera sus efectos especiales, entonces los políticos locales, los autonómicos, los nacionales, y el pueblo en general, ya no llamado así, sino 'ciudadanía', se podrán dar con un canto del Torcal en los dientes y celebrar con júbilo y abundante porra la recién alcanzada felicidad. El avisado lector habrá atisbado ya que la referencia a Antequera ha de ser entendida, más que como un ejemplo concreto, como una maqueta representativa que puede hacerse extensible a cualquier pueblo, ciudad o capital de provincia de la España de principios del tercer milenio.

Ambiciosos, a la par que ilusionantes, suelen llamar los políticos a esos proyectos cuando ellos, los políticos, acuden a FITUR o se acercan unas elecciones.

Algo parecido intuyo que puede ocurrir, si no está pasando ya, en Úbeda tras el pistoletazo de salida hacia el futuro que suele suponer la declaración de Ciudad Patrimonio de la Humanidad, en Córdoba –¡nunca más lejana y sola!– si es elegida Ciudad Europea de la Cultura 2016, o cerca de Ciudad Real, donde existe un sanchopancesco proyecto consistente en convertir aquella zona de La Mancha en una especie de Las Vegas aprovechando el fértil cauce del AVE y la puesta en funcionamiento de un aeropuerto, el primero privado de España.

Y al ansia desmedida por imitar los signos más estandarizados de una modernidad que se mira a sí misma en los escaparates de la sociedad del espectáculo y a los intereses, legales o no, inherentes a todo proyecto o especulación urbanística se ha unido

recientemente la novedosa presencia en nuestra comunidad autónoma de jóvenes y especializados gestores culturales, hijos naturales de la Segunda Modernización, cuyo trabajo consiste en barrer cualquier geografía buscando como sabuesos los denominados 'activos culturales' para convertirlos, una vez descubiertos, en objetos a los que se les puede sacar rentabilidad económica enfocándolos al turismo. Al turismo cultural, *of course*. De ese modo, la identidad etnológica, monumental o paisajística de la aldea más recóndita, si es que queda alguna, puede convertirse de un día para otro en un 'nicho de mercado', nombre técnico que da repelús escribirlo, dispuesto a ser convenientemente explotado, en favor, si se tercia, del desarrollo sostenible.

Para el poeta y escritor francés Charles Baudelaire la modernidad consistía en que las ciudades cambien más deprisa que el corazón de las personas. Actualizar tan sutil apreciación en relación con lo hasta aquí expuesto daría para un congreso o una tesis doctoral dada la distancia no sólo temporal entre lo que viene ocurriendo hoy día y lo escrito por Baudelaire en unos años fundacionales tanto de la palabra 'modernidad' como de un modo mental o vital de entender dicha modernidad.

III

Así pues, y sin más información que la que nos viene proporcionando la fuerza de los acontecimientos, es evidente que estamos asistiendo, en el tema que nos ocupa y a través de las nuevas tecnologías de finales del siglo XX y principios del XXI, a un proceso de banalización en las formas y en el sentido de fundamentos culturales que habían llegado a nosotros ennoblecidos por su perdurabilidad en el tiempo y que hoy aspiran a formar parte de un mismo *pack* junto al ocio y el entretenimiento. No hace mucho, en octubre del año pasado, leí en la prensa que se había puesto en marcha el llamado tranvía de Vélez-Málaga, cuyo trayecto conecta al municipio veleño, situado tierra adentro, con el núcleo marítimo de Torre del Mar. El periódico daba mucha importancia al hecho de que el tranvía "es el primero de Andalucía", a lo que tendría que haber añadido que es el primero después de que los últimos –los antiguos, los verdaderos– hubiesen desaparecido a principios de los años sesenta. El tranvía no recuerda en nada a sus antecesores; su diseño es neutro y en él destacan sus grandes ventanas. Según dijo el alcalde veleño en la inauguración, así serán también los vagones del futuro metro de Málaga y Sevilla.

7. Según las últimas encuestas que he consultado Málaga es la provincia más violenta de Andalucía y la tercera de España tras Barcelona y Madrid; está claro que el nuevo eslogan publicitario basado en el hecho de ser su capital la ciudad natal de Picasso es más consecuente con la realidad que el proverbial y naïf 'Ciudad del Paraíso'.

El tranvía Vélez-Málaga-Torre del Mar no se detendrá ahí, será el comienzo de una red de comunicaciones mucho más amplia que con el paso de los años formará parte de la infraestructura de una conurbación, área metropolitana o de cualquier otra realidad caracterizada antes que por otra cosa por una lineal, y hacia el interior, aglomeración urbanizada que acabará uniendo Málaga capital y la costa oriental, del mismo modo que ya casi lo está con la occidental. La larga e inexorable marcha hacia la desvirtuación definitiva de lo que durante siglos y hasta no hace muchos años fue un maravilloso paisaje de bonanzas ambientales –mar, campos, montes, huertas y pueblos– supera pues una etapa más y continuará a una velocidad, si no de vértigo, sí de crucero. O de tranvía.

Cuando en el verano de 2006 el cantante axárquico el Koala puso a toda España a tararear el estribillo de una canción expresada en una lengua ininteligible para muchos y en la que se decían cosas más propias de un arcaico lugareño andurreando entre claros arroyos y almendros en flor que de un usuario o adicto a Internet, medio por el que, paradójicamente, se hicieron tan rápida como fugazmente famosos cantante y canción, pensé, afligido y mientras seguía por televisión el anémico juego de la selección española de fútbol en el Mundial de Alemania, que estaba asistiendo al canto de un cisne consciente de un final tan próximo como anunciado.

